

BOSSA NOVA

RUY CASTRO



COLECCIÓN AZ



COLECCIÓN AZ

Título:
Bossa Nova. La historia y las historias
© Ruy Castro, 2021

Edición original:
Chega de saudade: a história e as histórias da Bossa Nova
© Ruy Castro, 1990

De esta edición:
© Turner Publicaciones SL, 2021
Diego de León, 30
28006 Madrid
www.turnerlibros.com

Primera edición Colección AZ:
Abril de 2021

De la traducción:
© José Antonio Montano, 2007

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN:
978-84-18428-53-1

Depósito Legal:
M-6291-2021

Impreso en España

**BOSSA NOVA
LA HISTORIA
Y LAS HISTORIAS
RUY CASTRO**

COLECCIÓN AZ

ÍNDICE

Introducción y agradecimientos	15
Prólogo: Juazeiro, 1948.....	19

Primera parte: El gran sueño

I	Los sonidos que salían del sótano	33
II	La cosa arde en Tiendas Murray.....	51
III	La guerra de los conjuntos vocales.....	73
IV	La montaña, el sol, el mar	97
V	Zona Sur llena de 'blues'	117
VI	La pandilla	143
VII	En busca del ego perdido.....	161
VIII	La llegada de la 'batida'	175
IX	Un minuto y cincuenta y nueve segundos que lo cambiaron todo	199
X	Desafinado.....	225

Segunda parte: El gran día festivo

XI	La bossa nova va a la escuela.....	247
XII	Puesta en escena	267
XIII	El amor, la sonrisa y la flor	289

XIV	Es sal, es sol, es sur	313
XV	Bossa nova en venta	327
XVI	La chica de Ipanema	349
XVII	El lametón a la manzana	367
XVIII	La flor armada	389
XIX	Puente aéreo	407
XX	La diáspora	437
XXI	El mundo como salida	461
	Epílogo: Qué fue de ellos	483
	Discografía: Eterna mientras dure	489
	Bibliografía.....	509
	Ilustraciones	511
	Índice de nombres, discos y canciones	513

Para Pilar y Bianca

El barquito: Maysa y la
pandilla en las
aguas de la bossa nova.







quem acreditou no amor, no sorriso e na flor então sonhou sonhou



Ilka Castro Neves
Lain Ego
Cecilia Lyra
Oscar Castro Neves
Luizetti Fiorini
Sergio Ricardo

VEM MENINA FEIA / SE V. É FEIA / AMOR BONITO V. VAI ENCONTAR



Resolução (1960 de Nelson Felpeto)

é fim de noite / em cada dia



Vedete Paulinho Silva &
Caetano Hernandez Santos

EU CHEGUEI MENTINDO / EU CHEGUEI PARTINDO / EU CHEGUEI À TUA



© Caetano Roberto Moniz
Luizinho Babalão de São

nunca mais têtê



Andréia Castro (Ilka) Castro Neves



O instrumental pirotécnico BM
Samba Mater — faz mais
do que tocar a música
seguinte a mão esquisi-
ta "Chá Pre-Duro"

NDI VOCÊ EXISTE / VOCÊ NÃO EXISTE



—
Sôzinha (Dinô) Tóris
& Tom (O Papai) Jukin

PARTIR JAMAIS PUDESSE QUEM AMAR / SE O AMOR EM NÓS VIESSE PRA FICAR

Daniel Costant, autor de
letra de "Mr. Golden"

Mare León, cantora de
basso-vozes "Mr. Golden"



Carlos Lyra, autor de
música de "Mr. Golden"

eu você nós dois / aqui neste terraço à beira-mar



Lali Bonfá
Viviane
Tábata Florence
Ana Maria

NÁ SEMPRE UMA CANÇÃO PRA CONTAR AQUELA VELHA HISTÓRIA



Carlos Lyra

Emicilda Bhanoff

hô-ba-la-lá / bim bom



Tom Jobim

John Gilman

LÔBO NA COLEIRA QUE NÃO JANTA NUNCA MAIS / NUNCA MAIS

SAMBA-SESSÃO (Samba Session) é uma reunião de músicos sem ter hora marcada para começar nem fim, quando se fazem apresentações de músicas em um bar improvisado de piano, bateria, contrabaixo, sax, violão com mais piano e outros cordões, muitas vezes de solfejo e originalidade e se quer se curvam sempre como estão essas páginas.

ouço apenas sua ausência



Sergio Ribeiro
Luiz Carlos Fischer
Ivo Castro Neves



Música con tupé: de izquierda a derecha, Ronnie, Ohana, Otávio, Luizinho Eça, Luís Carlos Vinhas y Bebeto, componentes de Bossa Três y Tamba Trio, dos supertríos de bossa nova. Ellos sostenían a todos los vocalistas.

INTRODUCCIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Ésta es una historia de la bossa nova y de los jóvenes que la hicieron, cuando tenían entre quince y treinta años. Es también un libro que pretende atenerse a los hechos y ser lo más objetivo posible. Obviamente, al haber sido escrito por alguien que viene oyendo bossa nova desde sus orígenes –y que quedó disconforme cuando Brasil se puso a cambiarla por exotismos–, una cierta dosis de pasión ha terminado colándose en la receta; pero confío en que ello no haya interferido en la descripción de la trayectoria de ningún personaje, ni a favor ni en contra. Los seres humanos, al igual que los vinilos, tenemos cara A y cara B, y se ha puesto el mayor empeño en mostrar las dos.

Para elaborar esta historia se ha buscado información de primera mano, entre los protagonistas, los coadyuvantes o los figurantes de cada hecho aquí descrito: todos están citados en la lista de agradecimientos. Cada información importante ha sido contrastada y vuelta a contrastar con más de una fuente. La naturaleza de ciertas informaciones hace imposible su especificación como “entrevista realizada el día X, en la ciudad Y, a fulano de tal”, lo que violaría el precepto ético de protección de la fuente. Pero, hasta en los casos en los que resulte fácil deducir el origen o los orígenes de determinadas informaciones, la responsabilidad por su divulgación es mía. Las fuentes que no se han opuesto a ser identificadas figuran en el texto. El criterio para la inclusión de las historias ha sido únicamente el de su importancia en la evolución o en la carrera de tal o cual artista, o de la bossa nova en su conjunto.

Me parece importante declarar que he escuchado todas las grabaciones mencionadas en el texto, inclusive los rarísimos primeros discos de los Garotos da Lua, João Gilberto, João Donato y Johnny Alf. También he tenido acceso a cintas particulares con João Gilberto, los primeros conciertos universitarios de la bossa nova, el del Bon Gourmet y la grabación completa del Carnegie Hall.



Musa: cuando Nara cambiaba de opinión era un sálvese quien pueda.

Mi relación previa con algunos personajes ha facilitado el trabajo, pero este libro no hubiera sido posible sin la generosidad y el interés de más de cien personas. Durante dieciocho meses, de enero de 1989 a agosto de 1990, se sometieron pacientemente a largas entrevistas, facilitándome informaciones, revolviendo cajones, aclarando fechas, localizando discos, copiando cintas, arrancando fotos de sus álbumes, dibujando planos y haciendo descripciones minuciosas de casas, bares y *boites*. Muchas de estas entrevistas requirieron tres o cuatro sesiones y casi todas fueron hechas en persona, en veinticinco viajes a Río de Janeiro, ya que resido en São Paulo; pero hubo además centenares de llamadas telefónicas al propio Río, a Salvador, Juazeiro, Porto Alegre, Vitória, Belo Horizonte e incluso Lisboa. Con algunos de los entrevistados el contacto fue únicamente telefónico y, aun sin conocerme, me proporcionaron valiosas informaciones. Otros se tomaron la molestia de contestarme por carta. A todos, mi más profundo agradecimiento. Por orden alfabético de apellidos:

Elba y João Luiz de Albuquerque; Lúcio Alves; Badeco, de Os Cariocas; Walter Arruda; Billy Blanco; Ronaldo Bôscoli; Candinho (José Cândido de Mello Mattos); Heitor Carrilho; Achilles Chirol; Walter Clark; Carlos Conde; Umberto Contardi; Haroldo Costa; Cravinho (Aminthas Jorge Cravo); Ivon Curi; Sônia Delfino; Reinaldo Di Giorgio Jr.; João Donato; Chico Feitosa; Juvenal Fernandes; Laurinha Figueiredo; Luvercy Fiorini; Janio de Freitas; Moysés Fuks; Paulo Garcez; João Gilberto; Sheila y Luís “Chupeta” Gomes; Christina Gurjão; Oswaldo Gurzoni; Júlio Hungria; Antonio Carlos Jobim; Jorge Karam; Alfonso Lafita; la difunta Nara Leão; Jacques y Lidia Libion; Paulo Lorgus; Luís Cláudio; Carlos Lyra; el difunto Edison Machado; Tito Madi; Mariza Gata Mansa; Emília y Pacífico Mascarenhas; João Mário Medeiros; Acyr Bastos Mello; Cyrene Mendonça; Roberto Menescal; André Midani; Miêlé; Miúcha; Paulo Moura; Álvaro de Moya; Tião Neto; Paulo César de Oliveira; Laura y Chico Pereira; Carlos Alberto Pingarilho; Armando Pittigliani; Nilo Queiroz; José Domingos Rafaelli; Álvaro Ramos; Flávio Ramos; Alberto Ruschel; Wanda Sá; Sabá; Maurício Sherman; Jonas Silva; Walter Silva; Raul de Souza; Mário Telles; José Ramos Tinhorão; Marcos Valle; David Drew Zingg; Ziraldo.

Por sus informaciones, no puedo estar más agradecido a Belinha Abujamra, Miécio Caffé, Ieda Castiel, Clovis Moura, Merita Moura, doctor

Giuseppe Muccini, doctor Dewilson de Oliveira y doña Dadainha de Oliveira Sá, de Juazeiro; Paulo Diniz, doctor Alberto Fernandes, Glênio Reis y doña Boneca Regina, de Porto Alegre; y a Oswaldo Carneiro, Henrique Fernando Cruz y Maria do Carmo Queiroz, del Sinatra-Farney Fan Club.

Debo también agradecimientos especiales a Leon Barg, de Curitiba, por su fabulosa colección de 78 rpm; Sérgio Cabral; Ricardo Carvalho, por compartir su primorosa investigación sobre Vinicius; Almir Chediak; Isabel Leão Diégues, por permitirme acceder al archivo de su madre, Nara; y Arnaldo de Souteiro, que parece saberlo todo sobre el periplo internacional de la bossa nova.

Por la cesión y/o reproducción de material fotográfico, mucho más allá de las buenas intenciones, gracias a Gabriela Albuquerque, Zevi Ghivelder, Ivson, Hélio Campos Mello, Araken Peixoto y Kátia Valadares. Lo mismo, en lo que a textos se refiere, a Margarete de Lara y Fátima Pardini. Y, por abrirme el camino a personajes clave, muchísimas gracias a Miriam Christofani. No me olvido de manifestarle mi mayor agradecimiento a João Orlando da Costa Gomes, dueño del carnet del Sinatra-Farney.

Por su paciencia conmigo y sus oportunas observaciones sobre el texto final, *many thanks* a Marta Garcia, mi editora en la Companhia das Letras. Por su decisivo apoyo en Río, tanto en hospitalidad como en amistad y estímulo, mi cariño a Rita Kauffman y Giovani Maфра e Silva. Y por el apoyo en São Paulo, en incontables sentidos, todo mi agradecimiento a Décio Carraro resultaría insuficiente. En muchos momentos este libro parecía ser también un proyecto suyo.

Por último, por ser el más importante, mi mayor agradecimiento al profesor Carlos Vogt, entonces vicerrector de la Universidad de Campinas y hoy rector, por haberme incluido en el Proyecto de Artista Residente, que me permitió dedicarme a este trabajo con el empeño y el cariño que exigía. Sin esta ayuda –y sin la adoración por la bossa nova latiendo en todos los mencionados–, esta obra se hubiese quedado en mero sueño.

RUY CASTRO

PRÓLOGO

JUAZEIRO, 1948

Por el altavoz colgado en uno de los postes de la calle Apolo, en Juazeiro (Bahía), sonaba “Naná”, con Orlando Silva, tres veces al día por lo menos. En el calendario ponía 1948, y “Naná”, un *fox-blue* de Custódio Mesquita y Geysa Bôscoli, era un viejo éxito de 1940. Pero don Emicles, el dueño del amplificador, no estaba especialmente interesado en ofrecer las últimas novedades. En sus altavoces pinchaba los discos que le gustaba escuchar, y sólo de vez en cuando hacía una concesión a la paciencia de su público –todo Juazeiro– e iba a Salvador a comprar discos nuevos. Por fortuna, el gusto de don Emicles era amplio y variado como un arco iris. Entre las atracciones de su repertorio se encontraban “Canção da Índia”, con Tommy Dorsey; “Caravan”, con Duke Ellington; “Siboney”, con Gregorio Barrios; “Musica proibita”, con Carlo Buti; “Ménilmontant”, con Charles Trenet; “Cambalache”, con Francisco Canaro; o “Dream lover”, con Jeanette MacDonald. Ninguna emisora de radio de Juazeiro, de haber tenido Juazeiro emisora de radio, lo hubiera hecho mejor.

Naturalmente, la programación de don Emicles incluía también mucha música brasileña: “Bolinha de papel”, con los Anjos do Inferno; “Onde o céu azul é mais azul”, con Francisco Alves; “Boogie-woogie na favela”, con Cyro Monteiro; “Ave-Maria no morro”, con el Trio de Ouro; “A primeira vez”, con Orlando Silva; “Adeus, batucada”, con Carmen Miranda; o “O samba da minha terra”, con el Bando da Lua. Salvo en los breves intervalos para la retransmisión de la misa y de los anuncios comerciales, el amplificador de don Emicles llenaba la atmósfera de Juazeiro con música de todos los estilos, de todas las épocas y, lo que era una tortura para algunos, durante todo el día; principalmente por la noche, cuando don Emicles programaba alguna actuación local, en directo.

En tanto la central suministraba energía, había música en el aire. La hidroeléctrica de Paulo Afonso estaba aún en proyecto, y cuando la luz

parpadeaba dos o tres veces a eso de las once de la noche, era aviso de que la corriente sería cortada en diez minutos y la vida social de Juazeiro tendría que quedar aplazada para el día siguiente. Los altavoces enmudecían, las bombillas, ya anémicas, terminaban de apagarse, y las familias se iban a dormir. La única banda sonora, a partir de entonces, era la de los bohemios con sus guitarras. Ellos permanecían en la calle, cantando serenatas y optando a la recompensa líquida que, desde las ventanas, los orinales vertían sobre sus cabezas.

Naturalmente, esta ley del silencio no contaba para el carnaval ni para el corro de São Gonçalo, una especie de fiesta de candomblé durante la cual la ciudad bailaba la noche entera al son de los altavoces. ¿Quiere esto decir que Juazeiro era una Nueva Orleans? No llegaba a tanto. Al comienzo de aquel año, por ejemplo, el amplificador alcanzó su mayor índice de audiencia un día en el que el motivo de la retransmisión no tuvo nada que ver con la música.

Raimundo, un gerente bancario de Salvador que había llegado a Juazeiro para abrir una sucursal del Banco do Fomento Agrícola, vivió una ardiente y secreta historia de amor con una belleza local llamada Juju. Tanto Raimundo como Juju estaban casados, ésta con el agravante de que su marido era policía militar. Cuando la sucursal estuvo montada, Raimundo fue a Salvador a recoger a la parienta, para establecerse ya ambos en Juazeiro. Nada más llegar, la señora de Raimundo fue recibida con una buena colección de anónimos que relataban, sin ahorrar detalle, la aventura de su marido con Juju.

Volaron los platos. Raimundo pudo haber reaccionado de varias maneras, pero escogió justo la más torpe e idiota: se dirigió al amplificador, leyó al micrófono las cartas difamatorias y defendió la honra de doña Juju, declarando que era una mujer honestísima. Una vez concluida la lectura, agradeció la atención prestada y salió, convencido de haber aclarado el asunto. Pero se equivocó, ya que al policía militar no le gustó nada ver defendida la honra de su mujer. A Raimundo le esperó en la esquina un pelotón de policías militares con *esprit de corps*, que, entre otras cosas, le masajearon las encías con la punta de sus carabinas. La tropa le convenció de que regresase para siempre a Salvador, llevándose a su legítima esposa. Raimundo comprendió que era mejor obedecer. En cuanto a Juju, siguió en Juazeiro junto a su marido; y, felizmente, el Banco do Fomento Agrícola también. Durante mucho tiempo no se habló de otra

cosa. Hasta el punto de que “Copacabana”, el éxito del debutante Dick Farney, que sonaba en todos los altavoces del país, pasó de puntillas por Juazeiro.

En 1948 Juazeiro era una ciudad de diez mil habitantes, entre los que se contaba un muchacho de diecisiete años al que todos llamaban Joãozinho da Patu. El lugar fue descrito con lirismo por Jorge Amado en su novela *Mies roja*, pero en la vida real aquello era deprimente. Sólo unas pocas calles estaban pavimentadas y todas las casas tenían el suelo de ladrillo, que los habitantes debían mojar día sí, día no, para refrescarse el cuerpo y el alma. El calor era insoportable y ni siquiera lo aliviaba el viento que barría Juazeiro con sus remolinos. Al contrario: con viento era peor, porque hacía que las personas literalmente masticasen polvo. Ni los millones de litros de agua del río São Francisco, que corría a sus pies, libraban a la ciudad de ser un arenal, en el que hasta los cactus tenían que sudar para crecer. El São Francisco era cruel. Solía desbordarse sin previo aviso, incluso cuando no había llovido, y, entre otros desmanes –como las pirañas–, inundaba sólo las zonas pobres, teniendo la precaución de respetar la plaza de la Matriz, uno de los pocos lugares arbolados de Juazeiro, que era el que los “ricos” preferían para vivir.

El nombre de la plaza, como es natural, se debía a la iglesia matriz, la de Nossa Senhora das Grotas, que llevaba en obras toda la vida, hasta donde alcanzaba el recuerdo de los más viejos del lugar. Los chavales de Juazeiro, amigos de Joãozinho, le habían puesto a la iglesia el mote de “Sinfonía inacabada”, porque era como si aquel esqueleto de vigas y andamios formase ya parte de la fachada, y las obras no fueran a concluir en tanto al anciano párroco le quedasen fuerzas para seguir sacándole dinero a la población.

Uno de los benefactores de las obras de la iglesia era don Juveniano de Oliveira, padre de Joãozinho. Católico hasta decir basta, hubiera sido capaz incluso de colaborar en una campaña destinada a quitarle la caspa de la sotana al párroco. Don Juveniano atribuía a la gracia divina el hecho de haber llegado, con las simples armas de sus estudios primarios, a ser uno de los más prósperos comerciantes de Juazeiro (aunque su olfato comercial también había ayudado lo suyo). Empezó con una tienda de tejidos, se expandió al comercio de cereales, se convirtió en propietario de barcas en el São Francisco, compró dos o tres fincas en asociación con su hermano Walter, y poseía ahora hasta un islote en el

río. Por si fuera poco, su firma, la Oliveira & Hermano, tenía la representación de la Anglo-Mexican Petroleum para toda la región del São Francisco. Lo único que le faltaba para culminar su carrera era hacerse rotario. Y además, don Juveniano aún encontraba tiempo para tocar como aficionado el *cavaquinho* y el saxofón, y ser el promotor oficial de la centenaria Banda de Música 22 de Março, en Barro Vermelho, en el distrito vecino de Curaçã.

Don Juveniano vivía en la plaza de la Matriz, en una enorme casa baja, siempre reluciente y repleta de hijos nuevos y de muebles viejos. Podía vérselo camino de su despacho cada día, delgado, pálido, ágil e impecable con sus camisas de cuello almidonado y puños con gemelos. Corría sobre él toda una leyenda, probablemente injusta, que insinuaba que usaba palabras con el peso de doblones de oro para decir cosas que sólo valían *mil-réis*. Una de esas historias era que, antes de poseer su servicio de barcas, que le permitía cruzar el São Francisco gratis y a la hora que quisiese, se dirigía al barquero así:

—Navegante, ¿cuánto quieres por transportarme de este polo a aquel hemisferio? —refiriéndose a Petrolina, que, aunque pertenecía al estado de Pernambuco, quedaba sólo al otro lado del río.

El habla pedantesca no lograba camuflar el hecho de que don Juveniano jamás había pisado un instituto, por más que fuera un hombre de posibles en Juazeiro. Lo que los envidiosos no entendían era cómo, con su aire pueblerino, había conseguido casarse en segundas nupcias —era viudo de un primer matrimonio— con la guapa y fina doña Patu, de Salvador. El pasmo se debía a que ella era guapa y fina, y también a que entre sus parientes, de la influyente familia Viana, había médicos, políticos y directores de distinguidos clubes de la capital, como el Baiano de Tênis o el Iate Clube. Doña Patu era una mujer que imponía respeto: austera y altiva, recorría la calle con pasitos cortos y apresurados, saludando a los demás pero sin detenerse con nadie. Eran las familias las que iban a visitarla a ella, aprovechando para admirar sus bordados. En cierta ocasión, en una cena que ofreció en su casa, puso lavanda a los invitados y algunos se confundieron, creyendo que era para beber.

No es de extrañar que don Juveniano pusiese todo el empeño en la educación de sus hijos, que no eran pocos: ya tenía a Walter de su primer matrimonio; y con doña Patu fueron llegando, sucesivamente, Dadainha, Vavá, Joãozinho, Dedé, Vivinha y el benjamín Jovinho. Educar a tal



Sones adolescentes: plaza de la Matriz y el tamarindo de Juazeiro, escenarios del joven João Gilberto.

cantidad de hijos era una tarea cara y difícil. En Juazeiro, en la década de 1940, la enseñanza se detenía en primaria, y, de secundaria en adelante, los chicos tenían que irse a Salvador o a Aracaju, que quedaba más cerca. Don Juveniano logró una proeza, puesto que, de un modo u otro, le puso un título en la mano a cada hijo. Excepto a uno: precisamente aquel del que todos decían que era el más inteligente. Por supuesto, Joãozinho.

Éste, desde que llevaba pantalones cortos y volaba con su bicicleta por las calles estilo lejano oeste de Juazeiro, ya tenía claro que prefería el camino más difícil: el de convertirse en João Gilberto.

* * *

Su madre debía de estar en lo cierto al considerarlo un despistado, porque se pasaba la vida olvidando libros, cuadernos y portaplumas por la calle. Un día Joãozinho salió con zapatos nuevos y doña Patu, medio en serio, medio en broma, le encargó que no los perdiera. Los niños estaban jugando un partidillo en el campo y le invitaron a participar. Joãozinho se quitó los zapatos para jugar, pero, recordando la advertencia de su madre, los enterró en la arena para no perderlos. Cuando fue a buscarlos después del partido, no se acordaba de dónde los había enterrado. Volvió descalzo a casa y se llevó una de sus broncas monumentales.

En 1942, cuando tenía once años, su padre lo mandó a un internado de Aracaju, el Padre Antônio Vieira. No puede decirse que Joãozinho fuese un alumno brillante: el latín y la geometría, definitivamente, no iban con él. A lo que se dedicaba era a ser hincha de un equipo de fútbol local, el Silvestre, y a formar conjuntos vocales con los compañeros. A los catorce años, durante una de sus vacaciones en Juazeiro, un pariente bohemio le regaló una guitarra. Era justo lo que necesitaba.

Aprendió a tocarla con el Método Elemental Turuna, uno de aquéllos baratos impresos en papel de periódico, porque fue el primero que cayó en sus manos. El Turuna no lo transformó en un Andrés Segovia, pero le enseñó posiciones suficientes para acompañarse y tratar de armonizar las voces cambiantes de sus colegas. La voz de Joãozinho también estaba cambiando y, para desesperación suya, el timbre de trombón que empezaba a adquirir modulaba a veces, sin esperárselo, hacia el de

flauta. Pero a los quince años, cuando regresó definitivamente a Juazeiro sin la menor intención de seguir estudiando, su voz se había consolidado ya como la de ese tenor rico y consistente con la que brindaría sus canciones a la ciudad, bajo el tamarindo.

Uno de los escasos árboles de Juazeiro era un gigantesco tamarindo que había en la plaza de la Matriz. A los tamarindos les gusta el terreno seco, pero aquel debía de adorarlo, porque creció hasta llegar a ser más alto que cualquier casa de la ciudad. Su copa producía una sombra bajo la que varias generaciones colocaron sus sillas para charlar, hasta el punto de que nadie se quedó conforme cuando lo echaron abajo ya en la década de 1980. En los tiempos adolescentes de João Gilberto, el tamarindo era tan importante para la vida de Juazeiro como los dos clubes sociales de la ciudad, el 28 de Setembro y la Sociedade Apolo Juazeirense. A su sombra se concertaban citas, y por la noche se disputaban su tronco las parejas más ardientes. Allí se cerraban negocios, los parados discutían de política y las chicas y los chicos se juntaban para tocar la guitarra.

Uno de esos grupos de guitarra era el de los jóvenes Joãozinho, Waltinho, Pedrito y Alberto. Los cuatro cantaban y tocaban, pero el que solía encargarse de los solos vocales era Waltinho, al que muchos eligieron como la voz más bonita del conjunto. (En el futuro, Pedrito y Alberto terminarían dedicándose a otra cosa, pero Waltinho se convertiría en el compositor y cantor Walter Santos, autor de “Amanhã”). Joãozinho era el líder y arreglista del grupo.

Bajo el tamarindo ensayaban un extenso repertorio para el día en el que se atrevieran a cantar frente al micrófono del amplificador de don Emicles. Sus *hits* eran “Marina”, que Dorival Caymmi acababa de sacar, y la española “Malagueña salerosa”. Pero en verdad cantaban todo lo que oían por los altavoces. De haber dependido de ellos cuatro, que eran muy vergonzosos, jamás se habrían acercado a don Emicles y hoy el mundo no sabría lo que se perdió. Pero un primo de Joãozinho, Dewilson, convenció al dueño del amplificador para que les dejara actuar de vez en cuando. Cantaron, gustaron muchísimo y se convirtieron en pequeñas celebridades locales. No es que fueran los Mills Brothers. Ocurre que la vida nocturna de Juazeiro no era lo que se dice emocionante: así que hasta un modesto espectáculo en vivo, aun con jóvenes artistas del lugar, era todo un acontecimiento.